

La segunda caída.

El corazón sofoca mi garganta. El cinturón aprieta mi esternón. Los objetos flotan en el aire a mí alrededor. Se me cruzan muchas cosas por la cabeza: debí tomarme el tren, debí proponerle casamiento. El inminente impacto me enceguece. Mi grito rompe los cristales. Los fierros me roban los pedales. La penetrante ola me ensordece. Todavía no toqué fondo, el misterio me paraliza, la conciencia despierta es el monstruo que no me deja morir tranquilo. Me ahogo, estoy verde, no puedo salir. Destino asesiname de una vez por todas. No pasa nada. Abro un párpado con esfuerzo y el agua que sube me enmudece. Lo cierro, esperando que el sabor a cloro recubra mi rostro y que el sonido de una burbuja rota represente mi última voluntad. No puedo más, quiero escapar, encontré los pedales, piso el frenó y el agua se detiene; permanece quieta hasta el cuello. El auto no se hunde. Me siento mucho mejor. Estoy a salvo. Abro los dos párpados y veo a través del espejo retrovisor que el asiento trasero esta ocupado. El hombre tiene chichón en la frente y un bigote manchado, pero no de sangre, de blanco. Miro afuera de la ventanilla y compruebo que estoy en una pileta. ¡Say no more!

Barbú, el gorila escritor.

www.laguaridadebarbu.com.ar

